

DESDE LA MIRADA DE CASTILLO: CRÓNICA EPISTOLAR AUTOBIOGRÁFICA

Biografía



Dasha Elba Querales Wolkow
Sistema de Educación a Distancia (SEDUCLA)
Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado (UCLA)
Barquisimeto. Edo. Lara. Venezuela
Email: dashaq@ucla.edu.ve
Alberto Cecilio Castillo Vicci
Miembro fundador
Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado (UCLA)
Barquisimeto. Edo. Lara. Venezuela
kikocastillovicci@gmail.com

La vida buena es aquella inspirada por el amor y guiada por el conocimiento.
Bertrand Russell

A propósito de la distinción que me otorga este año 2017, la Sociedad Venezolana de Computación por la destacada trayectoria nacional en pro del avance de las Ciencias de la Computación en Venezuela, me siento en extremo honrado y me resulta difícil expresar como quisiera, lo agradecido que les estoy. Muy oportuno en mi vida esta distinción, cuando mi carrera en la computación, que comencé a los 20 años de edad, se acerca a 6 décadas de ejercicio profesional ininterrumpido.

Para 1956, tenía una vocación definida: quería ser ingeniero filosófico. Pero, tal carrera no existía o así creí. Claro que existe y desde Aristóteles, la filosofía de la ciencia y la filosofía de la tecnología, pero no formal en la Universidades, al menos en nuestro país. El mayor representante en Latinoamérica de la filosofía de la técnica es el filósofo venezolano Ernesto Mayz Vallenilla, con quien tuve el honor de trabajar sobre estos temas durante 17 años, hasta que se enfermó y nos dejó.

Cuando me gradué en 1956 de bachiller, me encontré con el problema que tenía que trabajar de día para pagarme mis estudios y no podía inscribirme en ingeniería, aunque ya se asomaba la carrera nocturna en la Universidad Santa María. Fue mi buena suerte la que vino a socorrerme: Una amiga me consiguió presentar en 1957 un test lógico que la IBM aplicaba a posibles candidatos como programadores para el primer computador en Venezuela y Latinoamérica, la IBM 650, de tamaño mediano, pero poderosa para la época.

La IBM seleccionaba su personal, en concurso abierto bajo la presión y urgencia, motivado a la explosión de ventas de equipos de procesamiento de datos en el mundo y en el país. En un momento, Venezuela llegó a ser el país latinoamericano que más computadores tenía per cápita.

Una vez que aprobé el test para programador, tuve la inmensa fortuna de comenzar a trabajar en computación con el primer computador que se instaló en Venezuela y en América Latina, en julio de 1957. Salí tan bien en el test, que la IBM me empleó inmediatamente, a trabajar en su Departamento de Educación con un sueldo de lo que en bolívares sería hoy 1.500.000,00 mensuales, muy bueno para un chaval de esa época.

Entré a la IBM para costearme mis estudios de Economía en la Universidad Central de Venezuela donde comencé, y posteriormente continué en la Universidad Católica Andrés Bello bajo la tutela del jesuita padre

Pernaud, pues tal y como yo quería, los estudios de economía tenían tendencias matemáticas.

Recuerdo que durante esos años, Donald Knuth, uno de los grandes algoritmistas y considerado el padre de la biblia de la programación moderna, dedicó el primero de su serie de textos así: “Este libro esta afectuosamente dedicado a la máquina 650, que una vez estuvo instalada en el instituto Case de Tecnología: con la que pase muchas noches placenteras”. Lo mismo podría yo decir de la IBM 650 instalada en el Data Center de la IBM de Caracas.

Recordar los primeros pasos de la computación en nuestro país implica trasladarse a los años 60 y 70, y con ello hacer la necesaria referencia a algunos de sus pioneros, a quienes conocí durante esas dos décadas. Entonces, puedo afirmar que la computación en Venezuela comenzó pues en las compañías petroleras y en la IBM instalada en la avenida Urdaneta de Caracas.

En IBM, la prioridad de los primeros cursos de adiestramiento de la computadora 650 la tuvieron los ingenieros de las compañías petroleras internacionales, clientes de la IBM. Estos cursos no se ofrecieron hasta un año después de instalada la máquina en el Data Center de la Compañía IBM en el Edificio Internacional, situado en la Avenida Urdaneta, esquina de Urapal, la cual ocupaba 100 metros cuadrados, y estaba al nivel de la calle, con paredes de vidrio como vitrina de exposición.

Recuerdo que yo tomé el tercero de los referidos cursos que dio IBM en el año de 1959, por lo que debo haber sido el más joven programador de entonces, como empleado de la IBM para su Data Center Service Bureau (como se le llamaba) que operaba hasta entonces con máquinas de contabilidad y una calculadora conocida como la 602 A.

La IBM 650 operaba electrónicamente con tubos al vacío y tambor magnético de 2000 palabras de 10 dígitos en un sistema parecido al ábaco llamado bi-quinario, de memoria principal o interna, con seis (6) cintas magnéticas de memoria externa y en los años sesenta se le añadieron discos fijos de direccionamiento directo llamados RAMAC (por Random Access Computer). Una o más lectoras perforadoras y una o más impresoras de 600 LPM. Su CPU y unidad de fuerza pesaban dos toneladas. Se instaló para respaldar a tres máquinas similares adquiridas por las compañías Creole, Shell y Móvil. Aun siendo un sistema de mediano tamaño, fue la computadora más vendida en el mundo por la IBM y cuando se retiró su apoyo en 1969, se habían colocado 2.000 de ellas en todo el planeta y llevó a la IBM a ser líder del mercado internacional.

El plan de la IBM para Venezuela era el de sustituir todos sus equipos de contabilidad y procesamiento de datos por la computadora IBM 650. Así que preparó a su personal para dar los cursos necesarios y ayudar a convertir sus aplicaciones a los nuevos equipos, programa en los que fui incluido. La mayoría de las aplicaciones que deberían pasarse de máquinas de contabilidad y de procesamiento de datos a las computadoras 650 eran: la contabilidad, las nóminas, las facturaciones y cualquier trabajo específico de grandes volúmenes de datos como el censo y el impuesto sobre la renta.

La IBM tenía casi todas las instalaciones de procesamiento de datos de la Administración Pública, al punto que los empleados lo llamaban Departamento IBM; mientras que la Remington Rand, su competidora a escala mundial, sólo atendía el Ministerio de Hacienda con el equipo UNIVAC FILE COMPUTER y el de Fomento, con la primera máquina de transistores en lugar de tubos al vacío para circuitos, llamada Solid State 101. Las compañías Burroughs y la NCR estaban entrando también en el campo de los computadores en el sector privado de la banca y los seguros. Para entonces, con la Solid State, comenzaron a salir los computadores transistorizados, más veloces, más pequeños y menos costosos. Las aplicaciones se dividían en dos tipos: científicas y administrativas. La IBM atacó el mercado con dos clases de equipos transistorizado: la serie 1600 (pequeñas) y 7090 (grandes) para aplicaciones científicas y la 1400 (mediana) y 7070 (grande) para las administrativas.

La mayoría de las instalaciones del Gobierno Nacional fueron atendidas con la serie 1400, mientras que en las universidades con la 1600 para investigación y también las 1400 para sus operaciones administrativas o que permitía procesar las prácticas de los estudiantes en el sistema "batch procesing". Los programas de los estudiantes se sometían con tarjetas perforadas agrupándolos y procesándolos en ciclos a una determinada hora; luego se le devolvían tarjetas y resultados impresos para su corrección. El procesamiento en línea en los años 60, llamado en tiempo real, se estaba comenzando a probar en algunas universidades yanquis como MIT, en los bancos y la reservación de vuelos comerciales; y por supuesto en la Defensa de los EE.UU.

La serie 1600 fue un modelo de máquina pequeña del tamaño de un escritorio, con entrada por cinta de papel y salida con por una máquina de escribir o una cinta de papel perforada. Usaban el lenguaje FORTRAN IV para sus aplicaciones de ingeniería y con ella entraron nuestras universidades al mundo de la computación científica.

Ya con la IBM 650 se había iniciada la computación científica en Venezuela pues atendía a ambas aplicaciones con una versión de FORTRAN llamada FORTRANSIT. Pero era muy costosa, cerca de 2.000 dólares de alquiler mensual o 500.000 dólares en venta. Si bien para ese entonces, el dólar estaba en 4.45 bolívares, los presupuestos de las universidades no eran altos. Específicamente en las empresas petroleras y su contraparte el Ministerio de Minas e Hidrocarburos se instalaron esta clase de equipos. De allí salieron dos pioneros venezolanos en computación: uno científico, el ingeniero Fernán Rodríguez Gil y uno administrativo, Roberto Ferrero.

El ingeniero Rodríguez Gil había recibido cursos de postgrado en cálculo numérico en la Universidad de Michigan y salió del Ministerio para trabajar con la 7070 en la Creole, pero era profesor a tiempo parcial en la Escuela de Ciencias en Cálculo Numérico y FORTRAN. Creo que es la persona más enamorada de los computadores que he conocido en todos esos años; Ferrero en la CANTV instaló la IBM 1410 la más grande de la Administración Pública de entonces, particularmente para la facturación telefónica.

Fue en la Escuela de Ciencias en la UCV donde nació el primer equipo de científicos de la computación en el país: Carlos Domingo, Luis Báez Duarte, Oscar Varsavsky y Manuel Bemporad todos con Ph.D. Luis Báez Duarte lo terminaría dos años después en Caltech siendo con el doctor Raimundo Chela, uno de los dos venezolanos con doctorado en matemáticas para entonces y quienes además crearon la primera Licenciatura de Computación.

De la IBM salté al primer Centro de Computación Científica del país en el Departamento de Cálculo Numérico de la UCV. Allí quedó totalmente claro para mí, ya de 21 años, que mi vocación científico-filosófica podía encausarse con la computación en una universidad. Cuando supe que la Escuela de Ciencias de la UCV había contratado una IBM 1620 me ofrecí como operador o programador al doctor Carlos Domingo, físico argentino quien venía de programar el llamado computador Mercury en la Universidad de la Plata. Ya yo había decidido que mi profesión estaba en el mundo de la computación, y aunque mi sueldo en la UCV era la mitad del de la IBM, aquél era el lugar para aprender. Así que de noche estudiaba economía en la Escuela de Economía de la UCV y de día trabajaba en el Departamento de Cálculo Numérico de la Escuela de Ciencias.

Lo primero que hizo Fernán Rodríguez Gil con la 1620, fue organizar un proyecto entre aquellos físicos, matemáticos y algunos estudiantes de ciencia para ver cómo funcionaba el compilador del FORTRAN y se diseñó el PUC (Procesar Universidad Central) que añadía funciones como multiplicar matrices que no tenían el FORTRAN en aquella

época. Mi mayor contribución entonces fue ayudar a adaptar el FORTRAN para que procesara por etapas con sucesivas compilaciones un programa de cálculo de mareas terrestre del Observatorio Cajigal, que no cabía en la 1620.

Aprendí mucho de tan generosos científicos siempre dispuestos a enseñar y a compartir sus conocimientos. Por ejemplo, el matemático Oscar Varsavsky estaba investigando teorías de juego y programación lineal aplicados a proyectos nacionales, y fue quien me animó a que me dedicara a la econometría, área donde la simulación y los modelos matemáticos con el computador sería el futuro de la práctica de la economía. Creo que no se equivocó. Pero en la Escuela de Economía de la UCV consideraba a la econometría una ciencia burguesa, para formar gerentes no revolucionarios, y que la verdadera economía era la marxista. Varios años después cuando yo estudiaba computación en la Universidad de Wisconsin, un compañero de estudios que se graduó bajo esa concepción tan estrecha de la ciencia económica, no pudo estudiar su maestría por la falta de matemáticas, y me decía que él no estudio economía en la UCV sino marxismo. Yo me mudé para estudiar en la UCAB, pues allí sí se estudiaba matemáticas y estadística en la carrera de Economía.

Allí también trabajamos como estudiantes, Cesar Briceño y yo. Cesar me reemplazó antes de irme en la operación de la 1620 y al terminar la carrera de estadística en la UCV viajó a los Estados Unidos y obtuvo su doctorado en computación; luego se iría a Mérida donde crearía un núcleo de desarrollo en el área; yo lo haría también en Barquisimeto.

A principios de los años 60, la UCV era un campo de batalla ideológico entre pro-castristas y pro-demócratas. Así que cuando un amigo que trabajaba en la Comisión de Administración Pública (CAP) me dijo que estaban ofreciendo becas para procesamiento de datos con la Alianza para el Progreso a países en desarrollo, renuncié a la UCV, me fui a la CAP y al año entré el programa de la Alianza en la American University. Como requisito de entrada, tuve que pasar el Test Of English as a Foreign Language (TOEFL) para el cual me preparé en los excelentes cursos del Centro Venezolano Americano. En la American University se me reconocieron mis tres años de economía, y el programa por ser interdisciplinario, ofrecía un Certificado por la especialización en The Technology of Management.

Recuerdo que mi tutor me hizo presentar The Professional Certificate in Data Management, con lo cual respaldaba el ejercicio de la profesión de analista de sistemas en USA. Además, en la práctica se me entrenaba en la organización de Centros de Computación de las oficinas del

Gobierno en Washington D.C.

Con una solicitud que le hice a la IBM de Venezuela conseguí entrar a dos cursos intensivos en la recién anunciado familia de computadores 360 en el año de 1964 que servían tanto para aplicaciones científicas como administrativas, y comenzaba con la IBM 30, un computador de mediano tamaño, hasta gigantes como la IBM 145. La matrícula era de 6.000 dólares y duraba tres meses. Se podía crecer con el mismo computador sin tener que reprogramar; pues esto era uno de los grandes problemas de la época ya que cada computador era distinto al anterior, aún de una misma marca, como era la 1401 distinta a la IBM 650 que sustituía. En 1965, tomé un curso en la IBM de cómo instalar la 360 en la IBM de Washington D.C. En Nueva York se había establecido un Comité que fijaba la política del Estado de Nueva York en lo que hoy llamaríamos informática.

A mi regreso en 1965 al país y a la Comisión de Administración Pública organicé un Comité parecido al de Nueva York y se llamó “Comité Consultivo de Computación”, integrado por los jefes de centros más grandes de la Administración Pública y sus representantes fueron: Roberto Ferrero por la CANTV; Alberto Alvarado por el INOS; Castor Goa por el Ministerio de Obras Públicas y Juan Sarcos por el de Agricultura. Yo fui el Secretario Ejecutivo y recuerdo inclusive que la UNESCO nos trajo por un mes, a un asesor que trabajaba en Nueva York.

El Comité trató de racionalizar el gasto en computación de la Administración Pública exigiendo estudios de factibilidad y licitaciones públicas como el estandarizar normas de eficiencia en los centros de computación. Todas estas políticas tomaron como unidad piloto la Gobernación del Distrito Federal, bajo mi asesoría y designado por la CAP. Por primera vez aplicamos la planificación PERT para instalar los sistemas y pasar de máquinas de contabilidad a una computadora 1401, pues fue la IBM la que ganó la primera licitación hecha en el país con tales fines. En ella participaron la NCR con el computador 315 y la Burroughs con la serie 200 y la IBM con la 1401. Se aplicó un baremo que incluía una prueba con benchmark de facturación de impuestos municipales.

Una vez cumplido los dos años de mi contrato de beca, decidí continuar mis estudios de pregrado y postgrado en computación, no en sistemas, atraído por la tecnociencia de la computación. Aprovechando mis relaciones en el Comité conseguí una beca de tres años con estos fines con el apoyo del propio Presidente de la Comisión de Administración Pública Freddy Arreaza, después Vice-rector Administrativo de la USB, quien encontró justificados mis deseos de superación y busco los recursos para que así lo hiciera.

La Universidad de Wisconsin era la única en el mundo en ofrecer un pregrado en Ciencias de la Computación. En año y medio terminé el B.A y se me reconocieron mis estudios en la American University; acto seguido me dispuse a continuar con la Maestría en Computación en el área de la Inteligencia Artificial en la Universidad de Maryland, la única con ese dominio, pues la The Massachusetts Institute of Technology (MIT) y otras universidades lo ofrecían para el Ph.D.

Para esa época la Association for Computing Machinery (ACM) ofreció su primer currículum que seguirían las universidades en general de los Estados Unidos para pregrado y postgrado. En los diez años siguientes, entre 1969 y 1980, se contaba por docenas la oferta, y en el área de la computación, la demanda de profesionales con título en el mundo entero era vertiginosa; ya fuera para ingenieros electrónicos en computación, licenciados en computación, licenciados en sistemas de información y de informática a partir de 1970 en Francia: Con ello se generaron puestos de trabajo desde operadores, programadores, analistas, administradores de centro, entre otros. En esos años, fue el oficio con mejores oportunidades en el mundo.

Ya llevaba seis meses en la Universidad de Maryland cuando en 1969 un cambio de partido en el Gobierno trajo nuevos directivos a la CAP, quienes decidieron que debía regresar. Como mi contrato establecía que la beca era de dos años, prorrogable por un año más, decidieron por no concederme la prórroga. En el contrato también se establecía que me deberían dar un cargo por dos años en una posición de no menor jerarquía a la que tenía al ser becado. Como ya mi cargo lo tenía un ingeniero, yo propuse una solución: Apelando a mi amistad con el Presidente de la Fundación para el Desarrollo de la Región Centro Occidental (FUDECO) y con el Gobernador del Estado Lara, les envié un proyecto de regionalización y de reforma administrativa para crear un Centro Compartido de Computación en tres institutos de educación superior de la Región, y cuatro adicionales para las gobernaciones y los consejos municipales de las capitales de Estado respectivamente, así como para las empresas e institutos del Gobierno Nacional como el INOS o empresas privadas como la Energía Eléctrica de Barquisimeto; más los grupos de profesionales y empresas privadas que alquilaran tiempo de máquina. El proyecto fue aprobado por unanimidad y se aceptó que yo me encargara del mismo.

En 1970 regresé a mi ciudad natal y entre mis planes traía el proyecto de la carrera de Análisis de Sistemas para la UCLA. Yo creía que la computación científica, como la que ofrecía la Escuela de Ciencias de la UCV, no tenía tanta demanda como la de las aplicaciones administrativas, considerando que la Central no satisfacía esa demanda para

las administraciones pública y privada. De allí pues, la carrera de Análisis de Sistemas era necesaria y la ofrecí a la Universidad Centro Occidental (UCO para ese entonces) junto con el Proyecto del Centro compartido, el cual se planteó como una empresa del Estado, igual a la CANTV, aunque con un rasgo de distinción, donde cada institución beneficiaria podía ser socio, pero FUDECO conservaba la mayoría de las acciones. De ese modo se hizo y entraron como socios todas las instituciones propuestas o fundaciones como es el caso de la UNEXPO.

La empresa creada se llamó Empresa Regional de Computación (ERCO) que era un proyecto de reforma administrativa y de desarrollo científico y educativo, al cual se le dio una duración de veinte (20) años. Su presidente, el ingeniero Froilán Álvarez Yépez, fue el mismo que el de FUDECO, un hombre con una visión zahorí del progreso y el desarrollo. Para ese momento, FUDECO planificaba construir un edificio para la Fundación, y lo amplió para incluir a ERCO, siendo en 1971 la inauguración del edificio y ERCO. El Presidente de la república, doctor Rafael Caldera presidió el acto.

En el nuevo edificio, muy moderno, con dos alas cada una de dos pisos, en la planta baja con 1400 metros y vidriera donde se veían los equipos, comenzó las operaciones ERCO. El Comité Consultivo de Computación, cuyo secretario ejecutivo, Sebastián Narváez, fue encargado de realizar el proceso de licitación para seleccionar el equipo: participaron la IBM, Burroughs y NCR; pero la IBM tenía un equipo superior, una versión más pequeña de la 360, la 25 y con la más reciente tecnología de circuitos integrados, y ganó la licitación. Mucho más veloz, versátil, mejor software, más pequeña y más económica (muy importante este último factor).

El problema se centraba en el personal. Yo busqué a quienes en las universidades locales programaban, o habían tomado cursos de computación o de otras universidades del país, y que quisieran aceptar el reto. Tuve suerte: de la ULA vino el Licenciado en Educación Francisco Guides, quien había sido mi compañero de estudios en el Colegio La Salle de Barquisimeto. Guides acepto trabajar como subgerente de producción y años más tarde llegaría a ser Director de la Escuela de Ciencias de la UCLA, Vice-rector Académico y Rector de la Universidad Privada Fermín Toro.

Por su parte, el ingeniero Jesús Abreu, con experiencia en Administración de Proyectos de Ingeniería, se encargó de la sub-gerencia de administración. Abreu pasaría a ser Gerente de ERCO, Secretario Ejecutivo de FUDECO, Senador por el Estado Lara, gerente de varias empresas y bancos, y actualmente es director del diario el UNIVERSAL. Asimismo, el ingeniero electricista Nicolás Castillo, quien

trabajaba en la UNEXPO con una 1620, se encargó de toda la operación de la 360 y se dedicó a la docencia. Desde hace 20 años trabaja como free lance en computación en USA entre ellas la IBM World Trade. Además de ellos, conseguí dos expertos asesores del Cuerpo Paz con postgrados de computación.

Otro éxito fue escoger a los candidatos para ser entrenados como programadores. Con apenas doce páginas de justificación, apoyado por FUDECO y políticamente por el Gobernador del Estado y políticos de otros Estados de la Región, el Ministro de Educación, doctor Héctor Hernández Carabaño, presentó el proyecto de la carrera corta de Análisis de Sistemas al CNU, instancia que lo aprobó. Para entonces hubo una política de educación superior, que luego llevaría a cabo otro Ministro de Educación, Enrique Pérez Olivares, para formar técnicos superiores en colegios e institutos universitarios. Estos técnicos superiores podrían graduarse después como ingenieros o licenciados en sólo dos años en la recién creada Universidad Simón Rodríguez. Pero, todo el proyecto se tergiversó y los TSU quedaron confinados a ser siempre técnicos y no avanzar a niveles superiores, a menos que comenzaran una nueva carrera larga desde el principio. Uno de nuestros esfuerzos desde entonces ha sido corregir esta falla.

En enero de 1971, se inicia la primera cohorte de la carrera Análisis de Sistemas con dos secciones de 50 alumnos cada una. Se debía presentar un examen de admisión que conseguimos de la compañía Burroughs, pues me parecía el que sí determinaba las aptitudes de quien lo toma para la programación. Lo tomaron 250 aspirantes. De los 20 mejores del examen se les presentó otro examen, el que daba la IBM para el curso de la 360. Seis fueron los seleccionados de los que salieron mejor del curso y se les dio una beca trabajo cuyos resultados fueron excelentes.

En poco tiempo había una simbiosis entre alumnos y profesores de Análisis de Sistemas que trabajaban en ERCO: se montaron cuanta aplicaciones se contrataron y la mayoría de ellos al graduarse (de lo cual me siento muy orgulloso por haber sido su padrino en la primera promoción), consiguieron becas por la propia UCLA para estudiar en el exterior, en las universidades de EE.UU y de Inglaterra, quienes tomaban sus estudios de TSU como un bachelor y siguieron sin problemas maestrías.

De allí vino la generación de profesores que hizo de la carrera de Análisis de Sistemas una de las más exitosas de la UCLA. A la fecha ha graduado 4.000 profesionales. ERCO fue por veinte años el centro de desarrollo en computación de la Región Centro Occidental, primero ofreciéndoles a las universidades equipos cada vez más grandes y poderosos, al costo marginal de horas equipos.

Paralelamente, apoyadas en ERCO se formaron varias promociones de analistas de sistemas, ingenieros de informática y de ingenieros de la UNEXPO con cursos en programación FORTRAN y tesis de pregrado y postgrado, todo lo cual perduró hasta que los minicomputadores como los de la DIGITAL y Hellewt Parkard estuvieron al alcance de los presupuestos universitarios.

En ERCO no sólo se desarrollaron aplicaciones administrativas, sino científicas en estadísticas e ingeniería. Allí el doctor Carlos Domingo por sugerencia mía fue contratado para modelar la socioeconomía del Valle de Quibor, donde se construía la represa Yacambú. Bajo mi dirección se ensayó por primera vez la educación a distancia con terminales conectados al Data Center de la IBM. Para entonces, el software de la educación distancia requería mucha memoria. También se llevaron aplicaciones para empresas de ingeniería dentro y fuera de la Región y algunos proyectos nacionales. Por varios años ERCO le procesó a la OPSU, la preinscripción nacional las universidades.

Para 1974, el nuevo Presidente de Cordiplan economista Gumersindo Rodríguez quien conocía mi trayectoria y lo que se había hecho en ERCO, pues como asesor de FUDECO proyectó la Corporación de Fomento de la Región Centro Occidental, le pidió a FUDECO y la UCLA me dieran permiso no remunerado para llevar los estudios de factibilidad de la Empresa Nacional de Informática (ENI), todo un ERCO nacional. Allí vi la oportunidad de lograr mi maestría en computación truncada, para seguirla en la USB donde la acaban de crear bajo la dirección de mi amigo y quien sería tutor de tesis, doctor Jorge Baralt.

Lo primero que propuse fue ampliar el Comité Consultivo de Computación a una oficina centralizada que uniera las estadísticas nacionales en el Ministerio de Fomento y la informática como oficina centralizada de apoyo a la Presidencia. A mí no me gustaba ni el nombre de procesamiento de datos que en USA se había cambiado por Management Information Systems, ni el de computación ya que no era ni uno ni lo otro. Un asesor de la UNESCO de CORDIPLAN sugirió el neologismo informática de la palabra francesa informatique que a todos nos pareció muy apropiada. Imagino que era la primera vez que se usaba en nuestros medios latinoamericanos y así quedó constituida la Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI).

El Comité Organizador estuvo presidido por el Presidente de la CANTV, ingeniero Lorenzo Azpurua, el doctor Luis Báez Duarte, asesores de la UNESCO y yo. En un año terminamos nuestro trabajo, y además también culminé los cursos que me faltaban como requisitos en la USB para la maestría. Corría el año de 1975; pero hasta tres

años después no pude terminar la tesis de la maestría por las múltiples ocupaciones a que me dediqué hasta 1978, cuando con el año sabático la presenté y viajé a los Estados Unidos para tomar curso a nivel de doctorado. Mi tesis “Un sistema general de representación para programas con sentido común” exploraba la inteligencia artificial en la física ingenua y del conocimiento común de todos los días por medios formales de la lógica de predicados. El tutor fue el doctor Baralt y el jurado asesores de la USB de la Universidad de Marsella.

La OCEI quedó montada, pero la Empresa Nacional de Informática (ENI) se le entregó a la Control Data Corporation, pues el ingeniero Azpurua era partidario de romper el monopolio de la IBM. Me tocó llevarle el proyecto al doctor Carmelo Lauría una vez terminado, entonces Presidente del Banco Central y muy allegado al Presidente Carlos Pérez. Yo me fui de año sabático y cuando regresé nadie hablaba de la ENI.

Al regresar a FUDECO y la UCLA en 1975, me propuse dos proyectos: organizar la Escuela de Ciencias en la UCLA y la Fundación para la Ciencia y la Tecnología bajo el patrocinio de FUDECO, quedando esta última establecida cuando regresé de mi sabático en 1980.

En la Escuela de Administración y Contaduría de la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, como se conoce hoy como la UCLA, se había concentrado un grupo de excelentes profesores que venían del Ciclo Básico, quienes formaban a los estudiantes de bachillerato para entrar a una de las tres universidades entonces en Barquisimeto. El Ciclo Básico se disolvió y los matemáticos, físicos y estadísticos graduados como profesores de bachillerato en la UPEL, pasaron a formar parte del Decanato de Administración y Contaduría, algunos de ellos con postgrados en maestría y doctorado. Al agregar a estos profesores de planta, además de los ingenieros que incorporó la Carrera de Análisis de Sistemas, hubo una masa crítica para fundar una Escuela de Ciencias con licenciaturas en matemática e informática. Preparamos el estudio con el grupo de profesores interesados, y fue aprobado por la UCLA y sometido a consideración del CNU. Para defender la Licenciatura en Informática con salida intermedia en el TSU de analista de sistemas se me designó a mí, y para la licenciatura en matemáticas, al Dr. Ennodio Torres.

La Escuela fue aprobada en 1976, pero con un cambio: que fuese ingeniería y no licenciatura, y el TSU se formará aparte. Así se perpetuó de nuevo las limitaciones del analista para seguir estudios más avanzados a partir de su título.

En los años ochenta, comenzó una revolución que no ha terminado todavía con la Telemática, actualmente considerada como una disciplina científica y tecnológica que aprovechamos para varios proyectos. Pero a partir de mi jubilación a los 48 años de edad me dediqué a la docencia y a la investigación sobre temas de mi interés, que en total me ha deparado la satisfacción de llevar a cabo 17 proyectos académicos del que quizás hasta 60.000 profesionales han sido favorecidos.

Cuando conseguí mi año sabático en 1979 a 1980, decidí por un año dedicárselo a la filosofía, entre las Universidades George Washington y Maryland donde la había mezclada con la Inteligencia Artificial. Siempre seguí leyendo filosofía ahora motivado por la Inteligencia Artificial. Entonces decidí escribir mi primer libro que me llevó diez años: “Machina ratiocinatrix: en busca del razonamiento automático” que fue publicado por el Banco Consolidado y la Universidad Yacambú, donde era Vicerrector administrativo.

Cuando publiqué el referido libro, se lo envié a Ernesto Mayz Vallenilla, que ya no era Rector de la USB sino Director del Departamento de Filosofía del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA). Mayz me contestó telefónicamente invitándome a dar una conferencia a filósofos y estudiantes de filosofía, y posteriormente me llevó a trabajar con ese grupo. De conversaciones semanales sobre temas filosóficos con Mayz durante 17 años, han resultado tres artículos publicados por la Sociedad Argentina de Filosofía: una en un número especial en homenaje a Mayz y cuatro libro más, como tutor en trabajo de ascenso y tesis de maestrías. En esos libros creo haber logrado lo siguiente:

En “Crítica a la Teoría Computacional de la Mente” (1996), una argumentación en contra de la mente humana como un computador y un test más efectivo que el de Turing para rebatirla, que lo extraje de la filosofía de Mayz, y llamé “Test mayziano”. Mayz lo presentó y bautizó en IDEA, pues fue a él a quien se lo dediqué.

“Técnica y meta-técnica de la computación” (2000) con la coautoría del matemático Douglas Jiménez y el filósofo Alfredo Vallota, buscábamos probar técnicamente las teorías de Mayz.

“Fundamentos matemáticos de la meta-técnica” (2014), se plantean las bases lógico-matemáticas a los fundamentos de la meta-técnica de Mayz.

Actualmente terminando: “Lógica de la filosofía informacional”, donde establezco un modelo que integra formalmente, matemáticamente, las tres teorías separadas en

esa filosofía en que la información es el instrumento de análisis: la teoría del conocimiento, de la relación mente cerebro y del libre albedrío.

A Russell y a Unamuno los integré en un libro titulado “Ciencia y misticismo hoy” donde partiendo de cinco principios descubiertos por la ciencia en el siglo XX y continua en el XXI, aflora un sentimiento místico de la vida en oposición al trágico unamuniano.

Finalmente, en la búsqueda de la felicidad a partir de todas mis experiencias transcurridas, entendí entonces que los computadores me ofrecían la satisfacción profesional y económica, integrando la tecnología, la lógica y la filosofía, pues se les llamaba “cerebros electrónicos” y pretendían suplantar la inteligencia humana: ¿éramos entonces máquinas?

Después de toda una vida en el hervidero de la angustia filosófica, ¿Qué me ha dado la filosofía? Algo, importantísimo: tolerancia. Con la seguridad que, el peor mal social es el fanatismo.

Mi credo está con el catolicismo, que sostiene que fe y razón no son contrarias; pero, todo el misterio de la existencia sigue siendo misterio. Einstein dijo: “lo incompresible del universo es que sea comprensible”.

¿Tengo después de toda una vida alguna filosofía de la vida: valga decir cómo mejor vivirla? Creo que la mía ha sido y es una vida buena.

Son muchos a quienes les debo mi carrera profesional, algunos de ellos ya no están más con nosotros, pues tomaría mucho tiempo nombrarlos con mi agradecimiento a todos, inclusive en estas líneas más personales, entre amigos. Sin embargo, debo destacar a algunos de ellos por su especial influencia en mi trabajo. Primero, en mi preparación con estudios en las universidades de los Estados Unidos por casi siete años, incluyendo el sabático, en becas y apoyos como me dieron Joe Giménez y Freddy Arreaza en la Comisión de Administración Pública, y Haitý Moussachet en la UCLA.

Luego, con mi regreso a Barquisimeto para impulsar los proyectos de ERCO y la carrera de Análisis de Sistemas, agradezco a Luis José Oropeza, Froilán Álvarez Yépez, Pepi Montes de Oca, Raúl Azparren y José María Pérez Coronel. Con aquellos con quienes fundamos a ERCO y el Decanato de Ciencias: Francisco Guede, Nicolás Castillo, Jesús Abreu, Ennodio Torres, Néstor Buscan, Tony Molina, Ramón Gómez, Juan García Mata, Héctor Arrieta.

Asimismo, de manera muy especial agradezco a Nelly Velásquez, quien como Autoridad Universitaria aprobó todos mis proyectos de pregrado, postgrado, investigación y extensión. A Gladys Marante en la Unidad de Investigación en Inteligencia Artificial; en postgrado a María Luisa Capodiecci y Maritza Bracho, quien actualmente es Directora de Educación a Distancia de la UCLA; y en estos últimos años, en carreras como Ingeniería de Producción a Flor Montes de Oca, a Carlos Lameda, coautor en Ingeniería Electrónica de Computación en la Universidad Yacambú, y especialmente a Fernando García en la Comisión de Nuevas Carreras. También aprendí mucho sobre Telemática con Luis Álvarez y con Laura Sarabia, sin dejar de recordar a su padre, mi buen amigo José Sarabia, quien siempre ha atendido a mis consultas académicas en sistemas socioeconómicos.

No puedo dejar de nombrar a Orlando Pichardo, Jesús Enrique Barrios, Florencio Sánchez y Luis Suárez Meza con la experiencia también de 20 años en nuestra revista de Cultura de la UCLA, PRINCIPIA, donde inicié mi hobby de la escribidera. A Marco Tulio Mendoza por publicar algunos de mis textos en la Dirección de Cultura.

Pero, mi mayor orgullo académico es haber ayudado a iniciarse profesionalmente en carreras de pregrado y estudios de postgrados cerca de unas 60.000 personas, que nos hace pensar que hemos sido útiles, pues si no le dimos al hambriento de conocimiento un pez, le enseñamos a pescar en el mar del conocimiento; un modo de practicar nuestro cristianismo.

Al científico Haitý Moussatche, quien nos ayudó en muchos proyectos especialmente en la creación de Fundacite junto con las ideas de quien es desde entonces un amigo entrañable: Getulio Tirado, quien solía decir que le pagaban por hacer lo que le gusta; yo digo lo mismo.

Pero nada de todo esto hubiese tenido sentido para mí, sin el amor y el apoyo de mi pareja (como se dice ahora), mi médica y consejera (con mis consultas tiene para una especialización en hipocondría), Alesia Margarita Nass Alvizu; a mis hijos y a mis nietos. Porque sólo el amor hace a la vida la pena de ser vivida, cualesquiera que sean las condiciones.

FOTOGRAFÍAS

